



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

ANTROPOLOGÍA

EXPONE

• Matías Espinel •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Temario

I. Introducción

1. Concepto de antropología teológica
2. ¿Por qué estudiar la antropología teológica?
3. La creación del hombre

II. El hombre hecho a la imagen de Dios

1. El hombre hecho a imagen y semejanza de Dios

III. La composición del hombre

1. El monismo
2. La dicotomía antropológica
3. La tricotomía del hombre

IV. El comienzo de la vida

1. Perspectivas erróneas
2. Perspectiva bíblica
3. ¿Cuándo es dada el alma al hombre?
 - a. Traducianismo
 - b. Creacionismo



II. El hombre hecho a la imagen de Dios

1. El hombre hecho a la imagen y semejanza de Dios

La Biblia revela el lugar que el hombre ocupa en el universo. Dentro de esta revelación hay una característica que resalta de manera especial: fuimos hechos a la imagen de Dios. O dicho de forma más completa, a la “imagen y semejanza de Dios”. Esto nos hace partícipes de la perfección divina y nos coloca sobre el resto de las demás criaturas. Sin duda, es uno de los misterios de la humanidad más centrales e importantes desarrollados en las Escrituras.

Además del Antiguo Testamento, donde la imagen de Dios es mencionada en Génesis 1:26-27: *“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”*, podemos leer acerca de este tema en algunos textos paulinos del Nuevo Testamento, donde se aplica sobre todo a Cristo, el hombre perfecto: *“... en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”* (2 Co. 4:4); *“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”* (Col. 1:15). Sin embargo, Pablo también habla en relación con la humanidad: *“Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón”* (1 Co. 11:7); *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”* (2 Co. 3:18); *“... y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”* (Col. 3:10). Santiago 3:9 dice: *“... con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios”*.

Por último, podemos encontrar dos textos del apóstol Pablo donde hace referencia a la imagen del hombre respecto a Cristo: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”* (Ro. 8:29); *“El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”* (1 Co. 15:47-49).

Resulta crucial precisar el significado que adquiere la fórmula «imagen de Dios» en los versículos citados, en donde se les menciona de manera explícita.

Siempre ha llamado la atención el plural expresado en Génesis, cuando Dios determinó crear al



hombre: “*hagamos al hombre*”. Además, las palabras “imagen” y “creó” son mencionadas tres veces en tan solo dos versículos. Si hacemos un análisis sintáctico de este pasaje, veremos que la acción de los verbos “hagamos” y “creó” recaen finalmente sobre el sustantivo “imagen”.

No analizaremos en este caso la primera cuestión vinculada al plural “hagamos”, sino más bien la obra de Dios en lo que respecta a la creación del hombre. En ese sentido, Dios no solo “hace” al hombre, sino que lo “crea de la nada” (*bará*). El término *bará* siempre tiene a Dios como sujeto de la acción (al Dios de Israel, no a dioses paganos). Se dice que significa “crear de la nada”, ya que se omite cualquier referencia a una materia a partir de la cual Dios ejerza la acción expresada por el verbo. Como podemos imaginar, esta es una obra que solo corresponde a Dios. Se trata de una acción extraordinaria ajena al hombre. El autor de Génesis no tuvo reparo a la hora de narrar la formación del hombre, pues empleó el verbo *bará* en tres ocasiones. Su propósito era indicar que se trataba de un ser único, singular y original, perteneciente a la obra cumbre de la creación por parte del Soberano. El hombre requería la acción directa de Dios, pues solo así podría crear una criatura a su “imagen y semejanza”, o por lo menos eso parece decirnos el pasaje de Génesis 1:26. Puede verse claramente en este texto una intervención especial y deliberada de parte de Dios, la cual refleja su singular poder, el mismo que se expresa cuando crea de la nada. El objeto se denomina, en un primer momento, *Adam*, y su descripción se resume en la fórmula “a imagen y semejanza”.

El término *adam* en el versículo 26: “*Hagamos al hombre [adam]*” designa a la especie humana. Se trata de un singular colectivo. Por lo tanto, debemos leer este texto como la intención divina de crear a la raza humana (es decir, a todos los hombres). Recién en Génesis 2 se especifica el comienzo de esta raza humana por medio de la creación de un primer hombre y una primera mujer, los cuales son la cabeza de la especie. La palabra hebrea *adam* deriva de la expresión *adamah*, la tierra arcillosa de la que fue formado el hombre en Génesis 2:7: “*Entonces Jehová Dios formó al hombre [adam] del polvo de la tierra [adamah], y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre [adam] un ser viviente*”. Por lo tanto, *adam* significa “terreno” o “terroso”. Dios hizo algo de la tierra que, sin embargo, tenía su imagen y semejanza. Sin duda, era algo singular en toda la creación. Podríamos entonces afirmar que el hombre no puede ser explicado si no es en una clara dependencia de Dios. La palabra *adam* expresa en el relato de Génesis a una criatura perfecta, formada de la tierra y puesta por Dios en ella. Es totalmente comprensible que, ante su obra cumbre, Dios pusiera de manera personal su imagen y semejanza en esta nueva criatura.

En lo referente a los vocablos “imagen” y “semejanza”, algunos escritores antiguos (como Gregorio de Nisa, Ireneo u Orígenes) opinaban que estos términos son sinónimos utilizados de forma paralela para dar énfasis a la frase o subrayar un matiz diferenciador. Estos autores se guiaban más bien por el texto griego, interpretando el sustantivo *eikon* (‘imagen’) como la imagen de Dios en la naturaleza de los hombres, y *omoiosis* (‘semejanza’) como el proceso de asimilación del hombre con Dios. Aunque



podríamos señalar diferencias sutiles entre un término y el otro, la exégesis moderna recomienda no subrayarlas, pues estas expresiones son utilizadas con frecuencia como sinónimos. Esta sería la razón por la cual en Génesis 1:27 y 9:26 aparece solo la palabra “imagen” (*tselem*), mientras que en Génesis 5:1 leemos tan solo la palabra “semejanza” (*demut*). En Génesis 5:3 estos términos se ordenan de manera diferente a lo que leemos en Génesis 1:26. Además, en el texto masorético, el pasaje de Génesis 1:26 carece de la conjunción copulativa, por lo que dice: “... a nuestra imagen, a nuestra semejanza”.

Algunos señalan una diferencia entre estas dos palabras en que el vocablo “imagen” tiene un sentido concreto, como una estatua que representa a alguien, pero con gran parecido con el original. En Amós 5:26 leemos: “En cambio, cargarán las estatuas de su rey Sicut y de su estrella Quiyún, imágenes que ustedes mismos han creado”. El profeta es sarcástico con los israelitas, los cuales estarían obligados a cargar la estatua (*selem*) del dios asirio Sicut hasta el lugar donde serían cautivos: los adoradores de Sicut (los hebreos) se habían convertido ahora en sus esclavos. La palabra *selem* es traducida en la LXX con el término griego *eikon* (‘imagen’), que es además el vocablo que se emplea en el Nuevo Testamento. Lo mismo sucede en Números 33:52, 1 Samuel 6:11 y 2 Reyes 11:18. Por lo tanto, podríamos ser imagen de Dios en el sentido de “imagen-estatua”, es decir, como una representación divina.

La palabra hebrea para “semejanza” es *demut*, la cual puede traducirse también como “similitud”. Esto nos habla de una imagen que no es idéntica, sino tan solo analógica. Cuando se trata de una copia exacta y perfecta con el original suele utilizarse el término *tabnit*. La expresión *demut* suele traducirse en la LXX con la palabra griega *homoiōma* ‘algo hecho a semejanza de’ o ‘forma’ (Deuteronomio 4:14; Apocalipsis 9:7), y en raras ocasiones *homoiosis*, el cual indica una semejanza abstracta, distinta de la figura original. Una sola vez es utilizada la palabra *eikon* (‘imagen’) para “semejanza” en Génesis 5:1, la expresión *homois* ‘similar’ en Isaías 13:4 y el vocablo griego *idea* ‘apariencia’ en Génesis 5:3.

Quizá la intención de Dios era realzar la importancia de su obra cúlmine, pues no era ni más ni menos que una “copia” de Dios sobre la tierra, lo cual logró con la expresión “imagen”, mientras que debía aclarar que este no era divino, sino que cualquier criatura se encontraría siempre a una distancia inalcanzable de Dios. Esto último fue expresado de manera excelente con el término “semejanza” (*demut*).

Ahora bien, ¿en qué consiste esa imagen? Para dar respuesta a esta pregunta deberíamos estudiar cada uno de los pasajes bíblicos donde aparece la fórmula “imagen de Dios”, pero principalmente el libro de Génesis. Veamos que dice Génesis 1:26-27 inmediatamente después de que defina al hombre como “imagen y semejanza” de Dios: “... y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra”. Por lo tanto, la “imagen” debe ser entendida con relación al dominio.



Esta finalidad del hombre expresada en Génesis se encuentra allí como un paréntesis aclaratorio, lo que refuerza aún más esta idea. El pasaje de Génesis 1:26-27 comienza diciendo “... *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*” y cierra de manera similar cuando dice “... *y creó Dios al hombre a imagen Suya, a imagen de Dios le creó, y los creó macho y hembra*”. Así, pues, podemos decir que la imagen de Dios hace al hombre semejante a Dios y representante Suyo en la tierra, con el fin de dominar la creación, por consiguiente, lo hace administrador de todas las demás criaturas. Dicho de manera más sucinta, la imagen divina en el hombre tiene que ver con la autoridad dada por Dios para dominar la creación, poseyendo una naturaleza capaz de gobernar, dirigir y administrar.

Sería absurdo pensar, luego de un profundo análisis del texto, que tan solo las cualidades físicas de la naturaleza humana son las que dan razón a la semejanza con Dios, sino que debe ser entendida a partir del área espiritual del hombre, de su inteligencia, cualidades que le permitan justamente dominar sobre toda la creación y establecer un orden moral entre los de su misma especie. Sin embargo, no debemos excluir el cuerpo, pues el hombre es un ser integral, por lo que la semejanza divina debe ser descubierta en toda su realidad.

Al desenvolverse la historia del Antiguo Testamento se expone más detalladamente el sentido de la expresión “imagen y semejanza”. Por ejemplo, Génesis 5 presenta a los descendientes de Adán hasta Noé, enfocándose sobre todo en la línea de Set, introduciendo así el relato del diluvio. El escritor quiso remontar toda esta genealogía al mismo Dios y engancharla con Génesis 1. Veamos cómo comienza el texto: “*Este es el libro de la descendencia de Adán. Cuando Dios creó al hombre, le hizo a semejanza [demut] de Dios. Los hizo macho y hembra, y los bendijo, y les dio al crearlos nombre de hombres*”.

Este texto insiste en aspectos que ya fueron dichos en Génesis 1:26-27, que el hombre fue creado por Dios, que fue hecho a Su semejanza y que hay dos sexos distintivos: el hombre y la mujer (macho y hembra). Sin embargo, lo que más llama la atención es que la generación de Set sea vista como una continuación o propagación de la “imagen y semejanza” del hombre. En Génesis 5:3 leemos: “*Tenía Adán ciento treinta años cuando engendró un hijo a su imagen y semejanza, y le llamó Set*”. Parecería que la imagen con la que Adán fue formado se transmitió a la humanidad a pesar de la existencia del pecado en el mundo. No obstante la caída de la naturaleza humana, la imagen de Dios en el hombre no se ha debilitado. La imagen del primer hombre se transmitió a toda su descendencia. Si seguimos leyendo el resto de la descendencia en el capítulo 5, no se vuelve a mencionar la fórmula “imagen” o “semejanza”, sino que habla de la engendración: “*Y fueron los días de Adán después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas*” (v. 4). Sin embargo, fue a través del acto de engendrar que fueron capaces de transmitir su imagen y semejanza. Es importante aclarar que, aunque Set es a imagen y semejanza de Adán por su identidad como hijo, el sentido doctrinal de fondo es que cada ser humano es a imagen y semejanza de Dios.



Otro pasaje que guarda una conexión con Génesis 1:26 respecto a la imagen y a la semejanza es Salmo 8:3-6: *“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies...”*.

Aunque no leemos en el texto la palabra “imagen”, es mencionada de forma implícita. Por un lado se dice que el hombre es inferior a Dios, pero por otro se afirma que es solo “un poco menor que los ángeles”, pues fue coronado de gloria (*kabod*) y de honor (*hadar*). Sin embargo, lo más interesante es la relación de semejanza y dominio que puede leerse en la última oración del versículo 6: *“Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies”*. La imagen y semejanza del hombre con Dios se ve en que le ha sido dado el dominio divino sobre todo lo creado, siendo así un representante de Dios en la tierra, teniendo el señorío sobre la creación, es decir, estando todo *“debajo de sus pies”*.

Encontramos también una mención sobre la “imagen y semejanza” en Génesis 9:6: *“Si alguien derrama la sangre de un ser humano, otro ser humano derramará la de él, porque Dios hizo al ser humano a su imagen y semejanza”*.

Veamos un poco el contexto inmediato de este pasaje. El capítulo 9 de Génesis habla acerca de la alianza entre Dios y Noé que da fin al diluvio (un juicio purificador a la humanidad) y establece un nuevo comienzo con Noé como el patriarca de todos los hombres. En este pasaje se renuevan algunas promesas pasadas, como la bendición de la familia de Noé para llenar la tierra y dominar sobre la creación. Podemos leer allí un nuevo mandamiento, el de no comer carne con su sangre. Esto tiene por finalidad la exigencia de una moralidad que conduzca a un mandamiento superior: el no derramar con impunidad la sangre de ningún hombre, pues este *“... ha sido hecho a imagen de Dios”*.

La moral del hombre, en lo que respecta al trato con su prójimo, radica en ver en este la impronta de Su Hacedor. Dañar la imagen de Dios, dañar a un representante de la divinidad en la tierra, no quedará sin castigo. La imagen de Dios distingue al hombre de otras criaturas, pero además conlleva tal representación que atentar contra la vida del hombre es igual a atentar contra Dios. En Génesis 9:6 la doctrina acerca de la imagen ha dado un nuevo paso, pues ya no se trata de la potestad que Dios le da al hombre para dominar sobre las criaturas, sino que, siendo a imagen de Dios, debe guardar una moral digna del modelo a quien representa.

En el Nuevo Testamento veremos el tema de la “imagen” con un enfoque realmente nuevo. Los autores dan por supuesta la doctrina veterotestamentaria que hemos analizado hasta ahora, es decir, como la autoridad del hombre dada por Dios para dominar la creación y actuar según la imagen que representa.



El primer desarrollo de la teología de la imagen en el Nuevo Testamento podemos verla en 1 Corintios 11:7-8: *“El varón no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios; más la mujer es gloria del varón, pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón”*. Pablo está haciendo referencia al comportamiento de los cristianos en sus reuniones. Para esto alude al texto de Génesis, precisándolo en una dirección: el hombre tiene una cierta preeminencia sobre la mujer por razón de la inmediatez con la que ha recibido la “imagen”, pues fue creado por Dios de manera directa, a diferencia de la mujer, la cual fue creada a través del hombre. El apóstol no plantea, como a veces se cree, una cuestión de mayor o menor dignidad del hombre o de la mujer delante de Dios, pues el mismo Pablo reconoce la paridad de la mujer con el hombre que el propio texto de Génesis sugiere: *“... varón y hembra los creó”* (Gn. 1:27). Sin lugar a duda, la “imagen y semejanza” fue dada a ambos sexos.

Existen dos textos del apóstol Pablo que presentan una novedad en lo que respecta a la “imagen”, donde se anuncia a Cristo como la *“imagen perfecta de Dios”*. El primero de ellos es 2 Corintios 4:4: *“... en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”*. Pablo atacaba a aquellos que adulteraban su predicación. Esta frase es gramaticalmente compleja, pues acumula muchos genitivos. Cristo es mencionado como la “imagen de Dios”, pues al reflejar la gloria del Padre permite su conocimiento. Dicho de otro modo: Cristo es la revelación de Dios. Se convirtió en la gloria visible de Dios, pues todo el misterio de la salvación se centró en él. El misterio de la salvación se ha manifestado en Cristo. Pablo había formuló anteriormente una antítesis entre Moisés, quien reflejó sobre su rostro la gloria de Dios de manera transitoria, y Cristo, quien en sí mismo radica la gloria de Dios. Por medio de Cristo vemos la imagen del Padre.

El otro pasaje de Pablo se encuentra en Colosenses 1:15, donde se completa la doctrina de 2 Corintios 4:4. El texto dice: *“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”*. En este caso, ya no se trata del Cristo encarnado, sino de su ser preexistente como una perfecta imagen del Padre. La expresión *“primogénito de toda criatura”* resalta lo perfecto de la imagen de Cristo: su primacía sobre todas las criaturas, pues él las precede a todas, y su superioridad, pues solo él representa a la perfección la gracia de Dios. Ambos textos de Pablo afirman que Cristo, siendo Dios, es la imagen adecuada, y siendo hombre, es la imagen visible del Padre. En conclusión, Jesucristo es la única imagen perfecta de Dios.

Ahora bien, que Cristo sea la única imagen perfecta de Dios, no libra al hombre del llamado a ser imagen de Dios en Cristo. En el Nuevo Testamento la imagen de Dios es considerada en una dimensión más trascendental o sobrenatural. La imagen de Dios en el hombre ya no se relaciona con sus cualidades naturales, sino con su participación en la gracia divina, pues es por medio de Jesucristo que se realiza la imagen en el hombre. A su vez, los creyentes son llamados a ser *“... conformes a la imagen de su Hijo”* (Ro. 8:29).



Este es el fin de la salvación, que los creyentes sean pequeños Cristos, es decir, que participen de la “forma” misma del Hijo de Dios para reproducir su imagen.

La palabra griega para “conformes” es *summorphos*, la cual proviene de *morphe*, que significa el carácter esencial de algo, la forma esencial e inalterable. El término *summorphos* significa ‘formado conjuntamente’. El prefijo *sun* significa ‘junto a’, por lo que se refiere a una asociación posicional. Por lo tanto, no se trata de un aspecto exterior, de algo perceptible a los sentidos, sino de una forma esencial, la cual podría traducirse como “junto a su naturaleza” o “junto a su esencia”.

El término *eikónos* (‘imagen’) tampoco hace referencia a una semejanza superficial, sino todo lo contrario. Como dijimos, el hombre ha de ser “connaturalizado” con Cristo. Esto lo alcanza como ser integral, incluyendo al cuerpo, el cual tiene la esperanza de glorificarse, siendo semejante a Cristo, como leemos en Filipenses 3:21: “... *el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas*”. Es en este sentido que el apóstol Pablo compara a Cristo con Adán en 1 Corintios 15:47-49: “*El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial*”. Su idea es señalar una antítesis entre la humanidad que murió en Adán y la que renació en Cristo. A imagen de Adán hemos recibido un cuerpo corruptible, sujeto a las leyes naturales, sin embargo, la obra de Cristo nos ha hecho llevar la imagen celestial, la que luciremos en el día de la resurrección, cuando la Cabeza se una a sus miembros. Mientras tanto, la exhortación de Pablo es a conformarnos cada vez más a la imagen de Cristo. Debemos entender que la imagen de Cristo en nosotros debe crecer. El hombre debe renovarse día a día según la imagen del Salvador. Pablo enseña que “... *nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*” (2 Co. 3:18).

Pablo nos distingue de Moisés cuando dice “a cara descubierta”, haciendo una distinción clara entre el antiguo y el nuevo pacto. Los cristianos reflejamos a Cristo, Él es el resplandor de nuestras almas y la imagen del Padre. Sin embargo, debemos crecer, transformarnos más y más en la imagen de Cristo, la cual debemos reflejar. Este crecimiento solo puede darse por medio de la obra del Espíritu Santo en nosotros.

También encontramos una idea paralela en Colosenses 3:10: “... *y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno...*”. El tema de la imagen en este pasaje está planteado desde lo moral: el cristiano está llamado a despojarse del viejo hombre (v. 9), a abandonar el pecado y revestirse del nuevo hombre, es decir, “vestirse de Cristo”. Es así como se renueva “*conforme a la imagen del que lo creó*”. El cristiano debe estar siempre renovándose, de modo que la semejanza con Cristo progrese.



No se trata de crecer tan solo en conocimiento, sino que debemos ser imagen de Cristo en todo, en nuestra inteligencia y en nuestro corazón. La renovación interior tiene que ver con una completa asimilación con Cristo. Esto tiene sin duda una perspectiva moral. Es con su obrar que el hombre perfecciona la imagen de Dios impresa en su ser.

Santiago también expresa la imagen de Dios en sentido moral, y parece incluir en su discurso sobre la lengua el pasaje de Génesis 9:6, donde dañar a los representantes de Dios en la tierra, a aquellos que llevan Su imagen, es enfrentarse a la esencia misma de esa imagen, es decir, a Dios. Santiago 3:8-9 dice: “... pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios”.

A manera de conclusión, podemos decir que existe una diferencia, pero a su vez una complementariedad entre las enseñanzas del Antiguo Testamento y las del Nuevo Testamento respecto a la doctrina de la imagen. Parece ser que en el Nuevo Testamento este tema alcanza su plenitud, pues se revela que Cristo es la imagen perfecta de Dios y se exhorta al hombre a poseer la imagen de Dios en Cristo. La imagen en el hombre se presenta en una dimensión natural, la cual se adquiere como hijos de Adán, y en una dimensión sobrenatural, adquirida a través de un renacer en Cristo.

En el Antiguo Testamento, la fórmula “imagen y semejanza” define al hombre. Significa que el hombre es el colaborador de Dios en el dominio de la creación. Esta imagen se transmitió de Adán a sus descendientes, por lo tanto, a toda la humanidad. Más adelante, en el mismo libro de Génesis, el tema de la imagen adquiere connotaciones morales, sobre todo en lo que respecta a las relaciones con el prójimo.

El Nuevo Testamento ya no considera a la imagen según las cualidades naturales del hombre, sino en su participación con la gracia divina, la cual solo es posible por medio de Jesucristo.

El hombre debe renovarse continuamente según la imagen del Creador; algo alcanzable solo por el obrar del Espíritu Santo en nosotros.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

